

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: ROBERTO ROBERT.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id 28 »
 Por un año 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses . . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.



ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias cuyo abono venza en fin de Mayo y deseen continuar suscritos, se servirán renovar hasta el 31, si no quieren experimentar retraso.

El medio más fácil es por letra, giro mútuo ó sellos de franqueo.

Los vendedores que pagan á fin de mes liquidarán hasta el 31.

Crónica.

¡La corrida de toros del domingo y la sesión de los diputados del lúnes! Hé aquí lo que más ha dado que hablar y escribir en estos últimos dias.

Los toros de Miura son como los carlistas. Llegan cansados á la lidia; están lejos de su origen como los aristócratas de hoy lo están de los hombres de la reconquista, y les sucede que al cabo de un largo viaje reciben una silba como si fueran ministros.

Y gracias á que los toros han ocupado algo la atención pública; que á no ser así, todo el resentimiento de las personas dignas habria recaído en las oposiciones de la Cámara de diputados.

Las oposiciones merecen hoy lo que han merecido siempre; por esto tiene razon que le sobra el Sr. Sagasta cuando les dice todo aquello que antes le decia á él desde su propio sitio el Sr. Posada Herrera.

No deberia haber oposiciones, ni niños, ni inquilinos, ni paisanos.

Oigan Vds., si no, á los gobiernos, á los viejos, á los caseros y á los generales, y verán como nos dan la razon.

Paris sucumbió.

Les sucede á aquellos comuneros lo que les pasó á los nuestros.

La probidad, la consecuencia, la lógica, el orden público han exigido que triunfe Mr. Thiers; es decir, que triunfe la república, porque para entendernos, ya hemos convenido en que Mr. Thiers es la república.

Ahora, despues de ese triunfo, todo será fácil, expedito, llano y de suave hacer.

Cuando uno ve á Mr. Thiers republicano y al señor Necedal carlista, se rie de los demagogos. Y á muchos aun les dan dinero por reirse.

Que lo digan los empleados de la coalicion.

Y tambien pueden Vds., si gustan, oírles demostrar la torpeza cometida por la Asamblea federal al nombrar el nuevo Directorio.

¿Ven Vds.? Un gobierno democrático con quintas, loterías, rey hereditario y clero privilegiado, puede muy bien desprenderse hoy de los unionistas é im-

plorar el auxilio de los radicales; puede mañana solicitar el favor de aquellos unionistas y echar los bofes por desprenderse de los radicales sin conseguirlo: todo esto es propio del juego de las instituciones y de los juegos de prendas más bien admitidos en sociedad; pero que la Asamblea federal renueve sus nombramientos en las épocas marcadas, sin tiros, sin siquiera cuatro ó cinco heridos, como se hace en las elecciones en que triunfan los gobiernos de orden, esto es feo.

No hablemos más de ello, que bien lo hablan los diarios hechos por empleados.

Afortunadamente ninguno de los sucesos á que me he referido ha sido obstáculo para que se celebrasen con calma las grandes comidas consuetudinarias en casa del rey.

Por cierto que ayer visité sus reales caballerizas... ¡Ciento cuarenta y cinco carruajes! ¡Caparazones de á catorce mil duros cada uno! ¡Penachos de á seis mil reales cada uno!...

Pero esto no pertenece á la crónica. De esto, para producir efecto, hablaré un año de mala cosecha.

Cuando rabie y se tire de los pelos el Labrador reacio al progreso, entonces le repetiré todos los dias:

—El rey tiene ciento cuarenta y cinco carruajes: ¿lo oyes? Tiene caparazones de á catorce mil duros cada uno: ¿lo oyes bien? Tiene para sus numerosos caballos penachos de á seis mil reales: ¿lo entiendes? ¿Sí? Pues rabia y págale el rumbo.

A ver si así lo meneo, hombre; á ver si lo meneo; que voy para viejo y me dura ya demasiado eso de los reyes. Por ahora, no hablemos de ello.

La prensa ministerial, que ni un solo dia ha dejado de anunciarnos sublevaciones carlistas próximas á estallar, de cuyos anuncios ha tenido ocasion de reirse Gil Blas cien veces, dice ahora que somos los federales los que, ávidos de trastornos, no perdonamos medio para hacer tremebundas profecías.

Ya sé yo que esos periódicos suelen estar escritos de balde por jóvenes inexpertos, á quienes se compensa con un sueldo en oficinas públicas; pero no por esto deberian estar tan mal hechos.

Si el diario ministerial llegase á tener un suscriptor de sentido comun, ¿qué diria?

Ahora mismo leo en un diario progresista que en el vencimiento de los rojos de Paris halla la prueba de que eran todos unos pícaros.

Pero, alma de cántaro, si los progresistas jamás han podido gobernar solos y nunca han llegado á vivir cuatro años, y han sido vencidos en cien intenciones, ¿qué diablo tendrás que deducir de ello?

Caballeros, despues de esto, ya no creo que ninguna noticia pueda tener importancia.

¡Ah! si la Commune se hubiese sublevado siendo

reina Isabel II y oposicion los progresistas, ¡qué bella, qué gloriosa habria sido su causal!

Pero... perdon si he hablado tanto de progresistas. Conozco que me he excedido.

¡Oh! pero me enmendaré. Lo prometo.

Roberto Robert.

CONFLICTO.

¡Cuán inexcrutables son los designios de la Providencia! ¡Parece mentira lo inexcrutables que son!

Sucede que un pueblo se halla disfrutando tranquilamente los deleites de una libertad bien entendida que le regala un gobierno magnánimo y desprendido, y á lo mejor ocurre de sopetón uno de esos accidentes imprevistos y dolorosos que le sumen en la más horrible de las anarquías ó en la tiranía más abominable.

Sucede tambien... pero ¿á qué evocar nuevos recuerdos? ¿No está ahí patente, recientito, como de ayer, un suceso que ha podido arrastrar á nuestra patria á un precipicio?

Hagamos historia:

Libre España, feliz é independiente, se regodeaba con la lectura de la Constitucion democrática. El ministro de Hacienda nos predecia un porvenir dichoso. Se pensaba en suprimir las quintas, se hablaba de establecer el jurado, se decia que ya no se aumentarían las contribuciones, se murmuraba que los progresistas iban á cumplir un poquito de lo mucho que ofrecieron... ¿puede darse felicidad mayor?

De repente (aquí de la Providencia) se presenta la necesidad de comer en la casa grande de la plaza de Oriente, cosa que no suele ocurrir más de cuatro ó cinco veces por semana.

¿Qué ventajas iba á encontrar el país con esta comida? Todos contestábamos lo mismo; *muchísimas*. Todos creíamos que á los postres, y calientes las cabezas de los políticos, se hallaria un medio prudente de organizar las cosas de modo que, huyendo de los horrores de la república, fuéramos á parar á la tranquilidad de una monarquía con atributos esenciales. Todos lo creíamos así, porque nadie espera sacar nada á los progresistas sino despues de una orgía.

Mas ¡ah! que la Providencia nos tendia ya sus lazos, y lo primero que se vino á la mente de las personas importantes fué lo de pensar en el puesto que deberian ocupar en la mesa del festín.

De aquí el conflicto.

Yo tuve noticia de él al meterme en cama; al saberlo me vestí rápidamente y recorrí las redacciones de los periódicos de todos los matices; yo acudí al salon de conferencias; yo entré en el café de la Iberia; yo recorrí los casinos y clubs y pude apreciar por mis propios ojos la intensidad del mal que nos amenazaba.

En la calle me encontré un amigo.—¿Qué hay? me dijo; he visto redoblar las guardias, los de orden público se dan consignas, los urbanos han montado el revólver, los voluntarios se han sobre-armado. ¿Qué ocurre?—Hombre, le dije, ¿con que así está Vd. aun? ¿Con que no sabe Vd. que Santa Cruz y Olózaga se

han puesto de punta sobre cuál de los dos ha de ocupar el sitio de preferencia en la comida de palacio? —¡Hola! me contestó; pues me voy corriendo á casa, que yo no soy amigo de motines.

Todo el mundo se acongojaba, todos temblaban por nuestro próximo infortunio, todos hablaban de lo mismo, todos decían: ¿cómo se conjurará esta terrible crisis?

Yo estuve á punto de visitar separadamente á los dos presidentes de ambas Cámaras para invitarles á imitar la conducta de Sancho Panza, que decía: «Donde me siente yo, allí estará la cabecera.»

¡Qué angustias me acometieron! ¡Cuántos temores me asaltaron! ¡Qué noche aquella de insomnios y malestar!

Por fortuna á la mañana siguiente me dijeron los periódicos que una persona importante había terciado en la cuestión, deseosa de que no se quebrara el equilibrio europeo, decidiendo: «Que si lo esencial era el comer, tanto daba sentarse en uno como en otro sitio; que más valían magras en pesebre, que paja en vajilla de oro; que no estaba bien en un progresista (gente acostumbrada á comer en figones) reñir por el asiento; que qué dirían las naciones extranjeras y que, en fin, para evitar en lo sucesivo dimes y diretes, que se sentara cada uno por turno en el sitio de preferencia.»

El conflicto quedó así zanjado, el país tranquilo, la paz europea asegurada, y hoy por hoy, seguimos sin novedad, recogiendo periódicos, aumentando las contribuciones y pensando en reformar el reglamento del Congreso.

Una sola zozobra me aqueja. Por la comida hicieron los señores una sublevación; por la comida han reñido mil veces; por la comida han enfermado algunos gravemente. ¿Será, pues, la comida el verdugo de su existencia? ¿Será el banquete la manzana de la discordia entre los salvadores de la patria?

Un duro á que sí.

CORZUELO.

A BUSCAR MANTA.

Del Guadarrama altísimo,
ya está en las faldas áridas
subido aquel oráculo,
que viene á iluminar
con eco sibilítico
las tenebrosas cábalas,
que, á nuestra dicha obstáculo,
inténtanse formar.

Ya el conductor eléctrico
con partes mil agítase,
y anuncia la fatídica
crisis ministerial;
y con semblante icterico
en que el *cerote* pintase,
está la gente cimbrica
mirando al Escorial.

Los progresistas cándidos,
los unionistas sátrapas,
los fronterizos árabes
en conmoción están;
en trenes velocísimos
vienen y van cual ráfagas,
y un angustioso ¡Sálvese
quien pueda! todos dan.

Pero de pronto, cálmase
la atmósfera política;
un tertuliano... acérrimo
acaba de llegar,
y entre afectuosos plácemes
de la gente *semítica*,
con entusiasmo fervido
empieza así á charlar:

«Oid, socios carísimos,
vuestro ánimo serénese;
yo he visto al sér profético,
y os puedo asegurar
que á los países frígidos,
do se hacen mantas célebres,
aquel varón ascético
partióse sin chistar;
pues sucedió que enérgica,
contraria á los gastrónomos,
ya estaba una filípica
dispuesto á fulminar,
cuando notó la mácula
que de un banquete histórico
en su pechera nítida
recuerdo fué á dejar;
y al fin, más que del prójimo
la paja, vió en sus órbitas
con un despecho máximo
la viga colosal,
y huyó en el tren más próximo
con rumbo á la recóndita

circunscripción lanígera
aquel gran liberal.

Así explicó un Demóstenes
al progresista pópulo
que el riesgo inminentísimo
pasado había ya;
y rompiendo las órdenes
hubo abrazos y ósculos...
todo en aquellos inclitos
fué gozo acá y allá.

Mientras tanto en los cónclaves
fronteri-unioni-cimbricos,
mil voces maquiavélicas
así dan en cantar:
«Con una manta tórnate
que es fácil, facilísimo,
que hecha una cama espléndida
halles al regresar.

MICALÉ.

ME CALLO.

El sábado vomitó el señor ministro de la Gobernación, en pleno Congreso y ante los representantes de esta nación digna y culta, las siguientes frases:

«¿Queríais que se hicieran ahora las elecciones? ¿Queríais que se entregara la administración de los pueblos, que es la administración del país, á los *perturbadores*, á los *holgazanes*, á los *tunantes*?»

Tan pronto como leí estas palabras en el extracto de las sesiones, tomé la pluma para hacer, basado en ellas, un artículo para *Gil Blas*.

Pero, confieso mi debilidad: con la pluma en la mano y el papel preparado ya, me he arrepentido de mi propósito. Es decir, no me he arrepentido, sino que he tenido miedo y no he querido pagar con una prisión mi entereza. ¡Hasta los federales pensamos ya las cosas!

Así es que he tachado ya las cuatro ó seis líneas que llevaba escritas acerca del asunto, llamando *holgazanes*, *perturbadores* y *tunantes* á unos, faltos de educación y de... á otros.

Me he acordado involuntariamente de los deseos del señor ministro de la Gobernación, que decía hace poco que aun no estaban presos todos los periodistas que debían estarlo, y reconociendo que su voluntad impera me he dominado.

Lo cierto es que yo había estampado ya algunas frases duras, durísimas, que no hubieran pasado, porque ya sólo pasan las palabras que arroja un ministro ensoberbecido por que le derrotan moralmente las oposiciones.

Me he acordado también de que si un gobernador interino impone 125 pesetas de multa á un periodista por desear la llegada del gobernador efectivo, ¿con qué pagaría yo la multa que me impusieran por decir que los *holgazanes*, los *perturbadores* y los *tunantes* no están en la oposición, sino en los?... (Por poco la suelto.)

Pero también es verdad que yo debía dar una explicación á los extranjeros que lean nuestras sesiones de Cortes para evitar que juzguen el lenguaje y maneras de los españoles por las maneras y el lenguaje de un señor ministro.

También es verdad que yo debía declarar ante las personas ilustradas que en España para ser ministro no se exige ningún examen, ninguna condición.

Yo debía decir que el Sr. Sagasta es como una botella de cerveza con tapon y sin alambre, que en cuanto la agitan salta el tapon, sale furioso el líquido, moja... pero no mancha.

Yo debía decir que los *tunantes* á que el ministro aludía son los que pagan contribuciones crecidas para que coman los laboriosos empleados, y curas, y militares.

Debía decir que esos *perturbadores* quieren organizar el desorden administrativo, y el desorden industrial, y el desorden jurídico, y el desorden legislativo, y el desorden político, y los diversos desórdenes en que dicen que vivimos ordenadamente.

Yo quería decir todas estas cosas á las personas que ven de lejos nuestro país, á los que conocen muy superficialmente nuestras costumbres, á los que ignoran las biografías de algunos políticos.

Y quería añadir que Figaro ha dicho que hay palabras buenas y palabras malas, y que yo quería también hacer constar que hay palabras dignas, decorosas y decentes, como hay palabras...

¿Qué sé yo cuánto quería decir?

Pero ¿quién me garantiza de que pueda decir con

entera libertad lo que pienso?—¿La Constitución?—¿Qué Constitución? Porque yo no veo ninguna en ninguna parte.

Así es que me resigno á callar, como debe *Gil Blas* resignarse por hoy á no ver en sus columnas ningún escrito de

LAMELA.

EL GRAN ESCÁNDALO.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! Es cuanto nos quedaba que ver. ¿Y para esto ha vivido uno cerca de cuarenta años? Acaricie Vd. luego esperanzas risueñas, abrigue ilusiones.

—Tiene Vd. mucha razón, amigo mío; el escándalo del otro día fué terrible.

—¿También Vd lo presencié?...

—Pues ya lo creo: sabe Vd. que ninguna tarde faltó.

—Lo había olvidado: el escándalo de la otra tarde me tiene fuera de mí y hasta he perdido la memoria: cada persona que me habla de él representa á mis ojos un pregon más de nuestra ignominia.

—Hombre, yo diré á Vd.: precisamente ignominia... me parece que hay algo de exageración en eso que Vd. dice.

—¿Cómo exageración? Pues ¿cuándo, en qué época hemos presenciado un espectáculo semejante? ¿Vd. lo recuerda?

—No; si convengo en que el escándalo fué mayúsculo: ¿quién no convendría en esto? Lo que hay es que yo no le doy tanta importancia.

—Pues la tiene, y grande.

—Sí tendrá: no, y la tiene en efecto; pero como usted decía no sé qué de ignominia...

—Y lo repito; ¿me negará Vd. que la presidencia estuvo desacertada?

—Desacertadísima.

—¿Que los que gritaban tenían razón para gritar?

—¡Vaya si la tenían!

—No, no era esto ciertamente lo que se nos había prometido.

—Eso sin disputa; los ofrecimientos hechos al pueblo deben cumplirse, y en esto el presidente no supo lo que se hizo.

—Y lo peor del caso es que muchos extranjeros presenciaron el suceso.

—¿Sí, eh?

—Sí, como siempre.

—Ciertamente los franceses son muy aficionados á nuestras diversiones.

—¿Y qué dirían cuando viesen á todos aquellos hombres de pié, vociferando como orates, gesticulando como endemoniados delante de exorcistas, dando palmadas y no entendiéndose unos á otros?

—No, y que es lo que yo digo: la gente estuvo desgraciada como nunca.

—¡Pues no había de estarlo!

—Todos esperaban más aquella tarde.

—Claro, y si no mucho más, algo menos escandaloso.

—Sí señor, sí, tiene Vd. razón mil veces; pero después de todo, seamos justos, ¿quién tiene la culpa de esto? Al fin, cuando el ganado se presenta receloso, huido y blando al hierro, ¿qué demonios puede hacerse?

—Hágase lo que se quiera; pero esa no es razón para gritar tanto. Si los primeros discursos no gustaban; si la determinación de la presidencia desagradaba, mil medios hay para decirlo todo y...

—Convenido; pero si nuestra sangre meridional se calienta fácilmente, ¿qué quiere Vd. hacerle? Luego Vd. convendrá conmigo en que se hizo demasiado tarde.

—Sí señor, se hizo tarde; pero el escándalo empezó mucho antes: y en esto hubo mala intención.

—No lo creo; pues vencidas ya las primeras fieras, ¿qué puede importar al diestro una fiera más?

—Eso es lo que yo digo; pero es evidente que en la presidencia había mucho interés en evitar la última batalla.

—No sea Vd. criatura: ¿qué había de haber?

—Vaya si lo hubo; pregunte Vd. á todos los que estuvieron.

—¿Y yo para qué he de preguntar lo que ví? Que la presidencia estuvo desacertada, es muy cierto; pero convenga Vd. conmigo en que no había en esta intención alguna.



—Con esta ayuda se aliviará por el momento, aunque luego reviente.

*Ahi miran los Ministros,
Nuestra decaída Hacienda
¿Y dicen? son Patriotas!
Que lo inventen á su Abuelo*

—Pues, amigo mio, se necesita haber perdido por completo el juicio ó ser un verdadero miope para no haber visto lo que todos vimos.

—Pues conmigo habia en el palco personas entendidas, y no dijeron eso.

—Pues cuantos estuvieron á mi lado en la tribuna convenian conmigo.

—Vd. querrá decir en el palco.

—Permitame Vd.; quiero decir en la tribuna.

—De suerte que si Vd. se irrita por tan poca cosa, convendremos en llamarlo tribuna; el nombre poco importa. Mis amigos y yo lo llamábamos palco.

—No riñamos por eso; puedo asegurar á Vd. que desde el lunes estoy fuera de mí y lleno de enojo.

—Querrá Vd. decir desde el domingo.

—¿Y por qué ha de ser desde el domingo?

—Hombre, pues está claro, porque el suceso se verificó el domingo: digo, me parece.

—Pues le parece á Vd. mal: se verificó el lunes.]

—Vd. está ofuscado.

—Quien está ofuscado es Vd.

—No pudo ser el lunes.

—Cuando no pudo ser fué el domingo.

—Pero, hombre, ¡por los clavos de Cristo! ¿hay corridas los lunes?

—Pero, hombre, ¡por los dolores de María! ¿hay sesiones los domingos?

—Acabara Vd.; ¿á qué escándalo se refiere? Porque parece que no nos entendemos.

—Yo hablo de la sesion del lunes.

—Yo de la corrida del domingo.

—Yo no estuve en la sesion.

—Ni yo en la corrida.

—¡Qué diablo! Pues mire Vd. que...

—¡Ya, ya!...

A. Sanchez Perez.

ECOS DE AMBAS CÁMARAS.

Y digo de ambas Cámaras por seguir la costumbre; la verdad es que sólo de una puedo hablar, y aun para eso no gran cosa.

Allá en la alta Cámara—si así puede llamarse—nada ocurre. Desde que los senadores elaboraron la contestacion al discurso de la corona en nada se ocupan,

porque descansando están de aquel esfuerzo gigante.

Y ha sido necesario que surgiese una cuestion de etiqueta por mor del sitio que el presidente del Senado habia de ocupar en un régio convite para que caigamos todos en la cuenta de que, en efecto, teniamos, allí cerca de las reales caballerizas, algunos representantes del pais elegidos por sufragio universal indirecto.

En el Congreso ya es otra cosa.

Allí habla Sagasta, y rectifica Sagasta, y Sagasta replica, y Sagasta se elogia á sí mismo, que es lo que hay que oír.

Y cómo si se oye: toma, y gracias á esto puedo hoy decir á Vds. alguna cosa de lo que en aquellos recintos ocurre: recintos que son para mí

arca cerrada con siete llaves.

Si señor; mi insignificancia por una parte, acaso por otro mi carácter un si es no es malicioso y mordaz, me han atraído las iras terribles del ex-orador y ex-liberal D. Salustiano.

¡Desdichado de mí! Yo intenté penetrar en el edificio sagrado: lo intenté varias veces, pero en vano. Aquí la faz adusta de un ugieir desdeñoso me hacia sospechar que debia retroceder; allí los bruscos ademanes de un portero orgulloso me obligaban á renunciar á mi propósito.

¡Ah, cruel Salustiano! ¿Qué te hice yo para merecer tan duro castigo?

Qué, ¿no ha sido *Gil Blas* por] ventura el vehículo más constante de tu fama?

Tú y tu borrego, tú y tu embajada, tú y tus heroïcidades en Paris, en Versalles, en Madrid y en todas partes, ¿no habian sido asunto frecuente de mis grabados y de mis elogios?

Ingrato, mil veces ingrato, yo apelo de tu determinacion al fallo de la posteridad; ella nos juzgará á todos, y te relegará al sitio de los descastados y desagradecidos.

A bien que si tú eres olvidadizo y cruel; si tú me privas despiadado del placer de contemplarte arreñanado en el sitial, empuñando con ademan heroïco la campanilla; si no consigo oírte cuando gritas con voz mugidora: «¡Orden, orden, el rey es inviolable!» los demás diputados, más caritativos que tú, elevan su voz, se desentonan y gritan lo mismo que energúmenos, como si pretendiesen enviar al que no

consiguió penetrar en el templo el testimonio de su cariño.

¿Pensabas acaso, hombre de entrañas empedernidas, que yo no podria saber lo que allí pasaba? Pues sí: paseando melancólicamente alrededor del palacio de las Cortes, midiendo con lentitud las distancias que existen entre una y otra ventana, yo oia los gritos de los progresistas, y presumia sus gestos, y adivinaba los pormenores más minuciosos de la polémica, que mi imaginacion me representaba con exactitud admirable.

Veia, vaya si la veia, á una oposicion insignificante—como que solo cuenta ciento catorce votos—y faciosa—como que pretende que se cumpla la ley—veia, digo, á la minoría intentando perturbar el orden, colocándose bajo la salvaguardia del reglamento, amparo único y baladí de todas las minorías: me figuraba á la mayoría dando al olvido el reglamento, atropellando por todo y ahogando con el peso de los números toda discusion, todo razonamiento: adivinaba á los cimbrios, que en tantas ocasiones han amenazado con su separacion, unidos otra vez á los progresistas para reformar el reglamento, aceptando la peregrina idea de que la Constitucion de la nacion puede ser modificada por un artículo reglamentario.

Todo esto me figuraba. Veia además, y me extasiaba viéndolo, y cerraba los ojos para no distraerme, y hasta me parecia escuchar, al ministro de la Gobernacion, elocuente como siempre, que defendia al gobernador de Barcelona, dirigiendo de paso cargos severísimos é incontestables á los republicanos.

No, y los atacaba con razon. Sanchez Ruano un dia, Lostau otro, ahora Figueras, despues Castelar no dejan al señor ministro que repose un instante.

En vano Sagasta habla de la *Commune* y de los rojos, y de los rojos y de la *Commune*, y así en deliciosa alternativa en todos sus discursos y en todos los párrafos de cada uno: en vano eleva al cielo las manos: en vano se conmueve hasta el extremo de pronunciar las últimas frases de sus párrafos para sí mismo, como si sólo para su uso particular las pronunciase.

En vano: el impío Ruano le compara á un orgañillo que sólo tiene tres tocatas; el terrible Lostau le llama enemigo de la ley, y lo que es peor aun, Figueras, el implacable Figueras, le tilda de enemigo de la dinastía.

¿Esto más?

Y como si no fuera bastante todavía, quieren procesar á D. Bernardo Iglesias, digno discípulo y fiel imitador de su modelo D. Práxedes: y todo ¿por qué? Porque ha violado la Constitucion, porque ha concul-

cado los derechos individuales, porque ha expulsado de Barcelona á quien le ha parecido conveniente; por esto, solo por estas pequeñeces querian que se le destituyese.

Por fortuna D. Práxedes no es hombre de abandonar á sus subordinados, y ha sostenido que la autoridad que se burla de la ley está muy en su derecho. Y eso de que la minoría discuta lo que bien le parezca, no está bien. Grite, chille, desahogue su cólera impotente; pero lo que es discutir, no discute: no.

Pues todo esto adiviné yo paseando por los alrededores del Congreso, donde no me fué dado penetrar. Vds. dirán si adiviné mal.

UNO.

PREPARÉMONOS.

Pero todos; porque, según se anuncia, Europa va á padecer calofríos, convulsiones, y quizá accidentes epilépticos.

Lo ha dicho quien lo sabe. El Papa va á publicar una hoja suelta, es decir, una encíclica.

Publicando el Papa una encíclica, considere el primer transeunte si hay motivo para que nos movamos, y conmovamos y emovamos; porque una encíclica sin producir efectos de universal emoción, no se comprende.

Algunas personas ortodoxas desean saber con anticipación el día en que se publique la encíclica para conmoverse desde la víspera.

Lo que no hemos podido averiguar, es la materia sobre qué deba de versar la encíclica.

Para pedir más dinero á los fieles, no será: porque á esto ya estamos acostumbrados y es el pan de cada día el pedir con lamentables voces dinero para trabucos, digo, para San Pedro.

Para anunciar el Papa que renuncia al presupuesto, tampoco creo que será.

Las cosechas son buenas, se prepara un reinado de paz y abundancia en Francia; el Papa necesita hoy más que nunca el dinero para premiar los servicios de los súbditos suyos que cometen el heroísmo diario de permanecerle fieles todavía.

Y tampoco puedo figurarme que la encíclica tenga por objeto manifestar la resolución pontificia de abandonar el poder temporal.

No porque el Papa quiera conservarlo por codicia ni espíritu de dominio sobre los hombres, sino porque San Pedro se lo confió.

Cristo entregó á Pedro las llaves y el verdugo, y le dijo en hebreo: guárdame esto, úsalo y no lo malbarates; y obligación del Pontífice romano es conservar en buen estado sus arsenales de guerra, su guillotina y demás cosas necesarias para el cumplimiento de los divinos mandatos.

No puede ser, pues, este es el motivo de la futura encíclica.

¿Cuál será?...

Aquí me atollo.

Esta ignorancia misma es causa de que ya me haya conmovido antes de ver el documento; pero estoy preparado para conmociones todavía mayores.

¡Una encíclica! ¡Encíclica en 1871! ¡Con Víctor Manuel dentro de casa, y á pesar de esto darnos encíclica con una serenidad imperturbable!

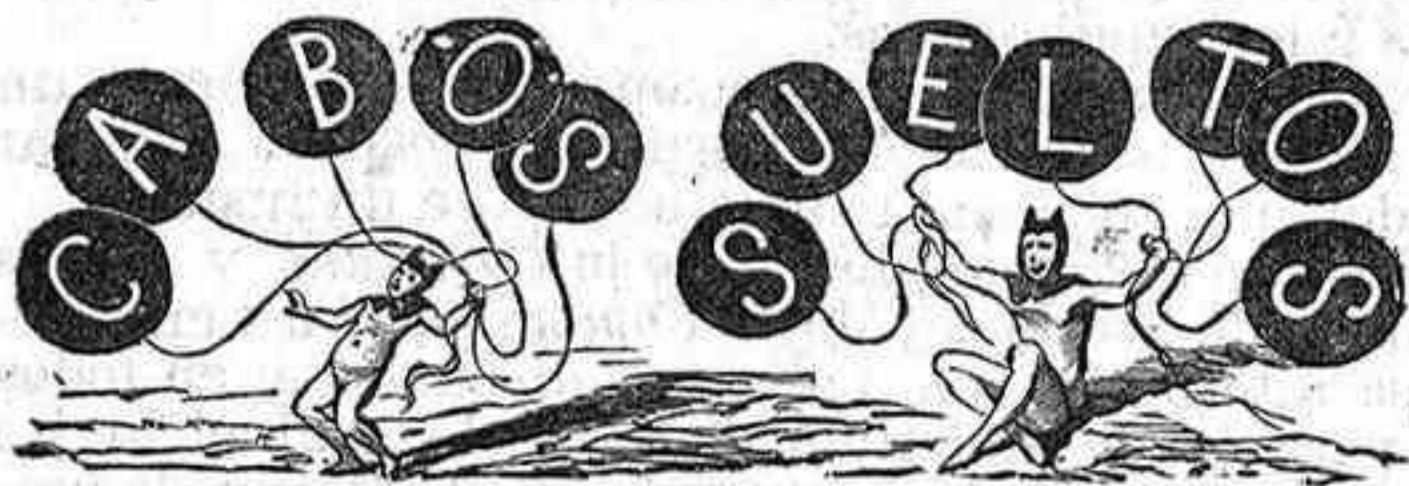
¡Luego dicen del valor de los toreros! ¿Qué más valor que salir con una encíclica en estos azarosos días, y rodeado de poderosos enemigos?

Yo estoy ya pirrándome por verla. Prepárense Vds. también y fíjense bien en las sensaciones que experimenten, que van á ser profundas, recónditas y serpenteantes.

Después con las observaciones recogidas entre todos, publicaremos un Tratado sobre las emociones católicas producidas por la última encíclica pontificia.

Si logramos pescar una docenita de indulgencias para los que lo lean devotamente, cubriremos gastos.

GIL BLAS.



El ministro de la Gobernación.—El Sr. Sanchez Ruano ha querido ser el Mefistófeles que me enemistara con el Sr. Rivero.

(*El Sr. Rivero se ríe.*)

El Sr. Sanchez Ruano.—El Sr. Sagasta, al calificarme de Mefistófeles, califica de Margarita suya al Sr. Rivero.

(*El Sr. Rivero da un salto y se pregunta por lo bajo:*)

—¿Esto es serio?

El desgraciado republicano federal Jaime Pi, preso en la cárcel de Villanueva y Geltrú, contrajo en sus prisiones una tisis que ha acabado con su existencia.

¡Aun queda preso otro compañero suyo!

¡Aun está vivo, aunque enfermo; aun es federal! No soltarle; que malograriáis la hazaña más propia de los gobiernos que salvan sociedades.

En Tarragona se va á establecer una Tertulia progresista.

¿Tantos aspirantes á destinos hay en Tarragona que puedan componer una tertulia?

¿Qué ocurrirá en Jaén?

Algo grave debe acontecer cuando su obispo, senador del reino, participa á la Cámara que negocios de urgencia le llaman á su diócesis.

¿Habrá hecho alguna diablura las almas del Purgatorio procedentes de aquel obispado?

Salgamos de dudas pronto: que un viaje episcopal urgente, trastorna, agita, alarma con razón á todos los fieles.

Como ganga positiva anuncia un periódico que Toledo ha conseguido que se le aumente la guarnición hasta mil hombres.

Cualquiera pueblo demagógico é irracional se alegraría de poder decir: aquí no tenemos ni necesitamos fuerza armada; pero véase como en las naciones cultas, sensatas, democráticas y monárquico-hereditarias sucede al revés.

¿Se convencen Vds. de que la sociedad es de lo mejor organizado que se ha visto nunca?

¿No?

Pues peor.

Un empleado del gobierno se ha vuelto rojo en Tolosa.

Quiero decir, que ha defraudado á la Hacienda 7.771 pesetas.

Si hubiera defraudado más de un millon, se habria vuelto Patriarca.

Pero un millon no lo habia en su oficina.

¿Vds. comprenden que un presbítero pague 2.141 pesetas por alquiler de casa?

Yo no.

Así me explico que la Hacienda cite á los herederos del presbítero D. José Mesa, que en Málaga quedó debiendo dicha cantidad por alquileres.

El diria para sí: los presbíteros no tenemos derecho á gastar tanto.

El dinero de San Pedro se aplica á mantener á los empleados de Roma que quedaron cesantes por no haber prestado juramento á Víctor Manuel.

Una carta dice que esto es un gran triunfo de la fuerza moral.

Emplear en gastos políticos el dinero de San Pedro y confesarlo, es en efecto más moral que anunciar que sirve para sacar ánimas.

Ayer hemos sabido por la prensa que no fueron 20, sino 21, los robos sacrilegos del bello mes de abril.

Varias alhajas de la iglesia de Santiago de Sigrós pasaron á mejor vida: digo que dejaron de existir.

Diez y seis años y dos días de presidio pide contra un redactor de *La Regeneración* el fiscal que le acusa.

Lo de diez y seis años puede sufrirse; pero lo de dos días más, de ningún modo.

Esto de los dos días inclina á creer que el artículo denunciado contiene un delito y pico.

¡*El Diluvio!*! ¿Saben Vds. lo que es *El Diluvio*? Pues es un periódico progresista.

Digo, ¡si tendrán conciencia de su situación los ministeriales!

Aparte de todo, *El Diluvio* nos ha saludado con urbanidad y cortesía.

Bien venido sea, y permita Dios que no cese de llover para él maravadises y aplausos hasta que tengan sentido comun sus correligionarios. Para rato tendria.

El señor ministro de la Gobernación ha tenido el honor de pedir 35.000 hijos para el ejército á las madres españolas.

Es de suponer que las clases más morigeradas y distinguidas se apresurarán á ponerse en condiciones propicias para satisfacer á S. S.

García Lopez ha dicho en la Cámara que la actual dinastía estaba prendida con alfileres.

Todo el mundo cree que esto es un error: hasta los ministeriales.

Y en efecto, parece imposible que en tan poco tiempo ya esté prendida.

Varios diputados republicanos han presentado á las Cortes una proposición que tiende á abolir la monarquía.

Con razón se han echado á reír los monárquicos, diciendo:

¡Ah, tontos! Nosotros cuando queremos acabar con un rey, jamás empleamos la proposición parlamentaria.

Y dicen bien: ellos, ¡apunten, fuego!

Y se acabó.

Los diarios ministeriales: «La paz se afirmó; el orden se ha restablecido por completo; todas las provincias gozan tranquilamente de los frutos de la revolución.»

(¡Bravo, bravo!)

El ministro: La agitación de los ánimos, la falta de tranquilidad, las frecuentes tentativas contra el orden y ciertas predicaciones y ciertos manejos nos han obligado á aplazar las elecciones municipales.

(¡Bravo, bravo!)

Y así se pasa la vida,
y así se viene la muerte.

Vencida la *Commune*, anuncia un diario monárquico que los escándalos van á terminar en Francia.

¡Oh júbilo! El orden volverá á cenar en la *Maison Dorée*. ¡Oh gozo! La plebe volverá á ser arcabuceada en el Creuzot. ¡Oh delicia! ¡El padre Bauer hará religión los martes en los salones donde Teresa haga arte lírico los miércoles!

Un Borbon, un Orleans, un Bonaparte, un cualquiera con muchos centenares de millones sobre el trono; la mitad del presupuesto francés destinado á gastos secretos; deportaciones á millares; la beneficencia oficial de París derramando un centimo diario sobre cada empobrecido por el orden...

Y el escándalo habrá cesado.

Sagasta se queja de los que desatienden su profesión y se hacen políticos.

Siempre vemos la paja en el ojo ajeno.

Pues, ¿por ventura no era Sagasta un ingeniero regular y se nos ha metido á hacer de ministro?

Y vaya Vd. á convencerle de que lo hace mal: trabaje le mando.

Como si fuese cosa extraña, refiere toda la prensa que el ex-niño Terso pasea por Bayona con el canónigo Sr. Manterola.

Pues una de las cosas menos perjudiciales que puede hacer un príncipe es ir con canónigos.

Más perjudiciales son los príncipes que cobran miles de duros diarios, que los que van á paseo.

¡Ah, si á paseo pudiese yo mandarles á todos!

INIMITABLE ACEITE DE BELLOTAS

CON SÁVIA DE COCO ECUATORIAL.

Privilegiado, clarificado, perfeccionado por el inventor.



Único descubrimiento eficaz é inofensivo, recomendado por más de 300 periódicos, médicos alópatas, homeópatas y farmacéuticos de las cinco partes del mundo, para hacer salir el pelo en calvas recientes ó crónicas, contener su caída, robustecer el enfermizo, desenredarlo y darle lustre, ocultar é impedir el desarrollo de las canas, extinguir la caspa, los insectos, males nerviosos de cabeza, neutralizar y curar los extragos del *chigoes* (*polux penetrans*, que se cria en las Américas), exterminar sus huevos, y curar picaduras y mordeduras de animales venenosos. Es admirable para los cabellos de las paridas, niños, bañistas y para refrescar la cabeza en los países cálidos, y sobre todo al pasar los trópicos Cáncer y Capricornio. Imponderable para las heridas; acústico para sorderas; depurativo para escrófulas, raquitismo; para despejar el cerebro, afirmar la memoria y desarrollar el entendimiento.

Está reputado en el globo por el primer cosmético-medicinal conocido.

Hay indignos profesores é industriales que hacen cualquier cosa, y llaman aceite de bellotas, sorprendiendo al público y estafándolo. El verdadero es de color café muy concentrado: exigir mi prospecto con la opinión de los periódicos y varias certificaciones médicas, rubrica en la etiqueta, y nombre y señas de casa en el vidrio.

Fábrica en Madrid, calle de las Tres Cruces, 1.—Precio: 6, 12 y 18 rs. frasco.

El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de SS. AA. y de todo el Atlas.

Isla de Cuba.—Habana: Sres. Espinosa, Muralla, 10: Sr. Graupera, Obispo, 36, y en 1.500 perfumerías, farmacias y droguerías del globo.

Por mayor, 25 por 100 de descuento.

Nota.—Hay Agua del Parnaso, muy superior á la de Colonia, Florida y Botot para el tocador, á 8 rs. frasco, y el famoso Café de Bellotas, á 8 y 12 rs. caja de una libra, preparado por una corriente de vapor, para sanos, enfermos, valetudinarios; para reemplazar con inmensas ventajas á los bizcochos, vino y leche en el destete de los niños, criándose sanos, fuertes y robustos con este café.

MADRID: 1871.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.